



UN DIOS VIVO QUE ESCUCHA

DP3.01

por Graham Cole

UN DIOS VIVO QUE ESCUCHA

© Fundación Generación y MTS

Este documento tiene copyright y sigue siendo propiedad de MTS Ltd. Uso autorizado para Fundación Generación, prohibida su copia, distribución y reproducción.

Para obtener más información sobre el uso de este documento, envíenos un correo electrónico a mts@mts.com.au.

Para acceder a más recursos por favor visite: www.mts.com.au y www.fundaciongeneracion.org

MISIÓN - EL POR QUÉ

La misión de Fundación Generación es:

“Contribuir a hacer discípulos de todas las naciones al multiplicar a los obreros del evangelio a través de los Aprendices Ministeriales”.

VISIÓN - EL QUÉ

La Visión de Fundación Generación es:

“Apoyamos y proporcionamos recursos a los Entrenadores de Fundación Generación, para multiplicar los Obreros del Evangelio a través de los Aprendices Ministeriales.”

SOBRE EL AUTOR



Graham A. Cole (ThD, Australian College of Theology) es el decano y profesor de teología sistemática en Trinity Evangelical Divinity School. Un ministro anglicano ordenado, ha servido en dos parroquias y anteriormente fue el director de Ridley College. Graham vive en Libertyville, Illinois, con su esposa, Jules. Es el autor de *Engaging with the Holy Spirit: Real Questions, Practical Answers*, *He Who Gives Life: The Doctrine of the Holy Spirit*, and *God the Peacemaker: How Atonement Brings Shalom*.

DP3.01

UN DIOS VIVO QUE ESCUCHA

A diferencia de los ídolos, nuestro Dios es un Dios vivo. Graham Cole escribe sobre cómo esta realidad debe dirigir nuestra oración.

Los científicos sociales dicen que la mayoría de los australianos creen en algún dios, un dios que está detrás de todo. Pero, lamentablemente, este dios no parece capaz de hacer nada en el siglo XX. Quizás ese dios echó a andar todo puede que aparezca cuando baje la cortina para ver si la gente pagó su asiento. Pero durante la función permanece oculto y curiosamente callado.

Desde la perspectiva de la Biblia, esta es una visión muy pobre de Dios. De hecho, es prácticamente ateísmo. Se ha encontrado una serie de razones para esta pérdida del concepto de un Dios activo en el mundo occidental. Algunos sugieren que el problema nace en la vida en la gran ciudad. Aquí, hombres y mujeres por todo lo que han hecho de concreto, plástico y vidrio.

Estamos desconectados del ritmo de la naturaleza. Hemos perdido nuestra noción de ser criaturas.

Otra sugerencia es que las personas modernas tenemos un enfoque del nacimiento, la muerte y la enfermedad que nos aísla de la realidad dura y maravillosa. Antes, todos nacíamos en casa, sufríamos en casa y moríamos en casa. Pero ahora estos eventos ocurren en otro lugar, detrás de paredes antisépticas. Hemos perdido conciencia de lo frágil de la vida como consecuencia. Y aunque tuviéramos tiempo de pensar en estas cosas ahora hay miles de distracciones electrónicas que lobotomizan nuestra mente.

Cuando vamos a la Escritura, estamos en otro mundo. Nuestra Biblia no nos habla de una fuerza etérea. En ella encontramos al Dios viviente. Recordemos cómo el salmista expresa sus profundos sentimientos: “mi alma tiene sed del Dios viviente” (Salmo 42:2). En su situación extrema solo el Dios vivo es suficiente. La pregunta es si el anhelo del salmista es algo que el cristiano moderno ha perdido.

Es claro que los cristianos están muy ocupados: ir a la iglesia, escuchar sermones grabados, leer libros cristianos, asistir a conferencias y grupos de estudio bíblicos. Pero ¿qué se espera de nosotros? ¿Aun creemos en el Dios que actúa? Lo creemos respecto a la creación, respecto a la historia de Israel, ciertamente en el ministerio de Jesús y en las aventuras de los apóstoles. ¿Pero ahora? El salmista anhelaba al Dios viviente ¿y nosotros?

Miremos con la imaginación a la extraña escena de la zarza ardiente en la montaña. Arde y arde sin quemarse. Porque se trata del Dios viviente revelando su nombre a Moisés (Éxodo 3). El significado del nombre, nos dicen los eruditos, es ni más ni menos que “yo soy el que soy” o “seré el que seré”. Dicho de otro modo, Moisés necesitaba ver lo que Dios había hecho para saber quién es realmente. ¿Qué hizo Dios? El Dios viviente rescató a su pueblo de las manos del Faraón de Egipto.

Ahora imaginemos el monte Carmelo, siglos más tarde. El profeta Elías se enfrenta a cientos de falsos profetas de Baal y Aserá (1 Reyes 18). ¿Cuál de estos es el Dios viviente?

Solo el Dios que responde con fuego en la prueba del altar, dice Elías. Ese es el Dios de Elías, el mismo Dios que reveló su nombre a Moisés, el Dios que escucha el clamor de su profeta.

Ahora vamos al primer siglo. Hay un alboroto en Listra (Hechos 14). Un hombre ha sido sanado y la multitud quiere tratar a Pablo y Bernabé como si fueran dioses. Pero Pablo no lo permite. Él y Bernabé son solo hombres. Es el Dios viviente quien lo hizo, el mismo Dios que hizo los cielos y la tierra.

Este es el Dios vivo del que testifica la Biblia. El Dios vivo que habla, actúa, ve, escucha y salva. Tiene un brazo fuerte y mano poderosa. Cuando habla, nace un universo. Actúa y hay una tumba vacía. Habla y hay apóstoles que esparcen la

palabra. Este es el Dios personal, real y soberano del relato bíblico.

Este Dios no es un ídolo. En lo que a la Biblia concierne, los ídolos pueden tener manos, pero no pueden coger nada; pueden tener ojos, pero no ven; pueden tener pies, pero no se pueden mover. Sobre todo, no pueden escuchar las oraciones de su pueblo (Isaías 44, 46 y Jeremías 10).

Algunas teologías cristianas presentan algo que es poco más que un ídolo. Hay añejas ideas sobrenaturales, por ejemplo, que encierra en sus decretos divinos al punto que cualquier idea de avivamiento suena presuntuosa. Sin embargo, el Dios de la Biblia no es estéril. Sus oídos están creativamente abiertos al clamor de su pueblo. Puede hacer cosas nuevas. No solo inicia, sino que responde.

Un gran maestro de la Biblia G. Campbell Morgan dijo: "Nunca digan que está escrito". En vez de eso nos alienta a decir: "está escrito, y escrito de nuevo, y de nuevo". Según Campbell Morgan, la herejía es casi siempre el énfasis de una verdad bíblica sin equilibrarla con las demás. Está escrito que Dios es completamente soberano (Genesis 1, Salmo 90, Isaías 40). También está escrito que las oraciones de un hombre justo hacen una diferencia (Santiago 5). Elías era esa clase de hombre. La oración no tiene mucho sentido sin ambos aspectos de la verdad.

Si tenemos que preocuparnos de alguna forma de sobrenaturalismo estéril, también hay un sobrenaturalismo supersticioso que igualmente puede distorsionar la oración

y manipular la expectativa Cristiana. Dios tiene que transformarse en un mayordomo celestial que responde a nuestras órdenes, o la oración tiene que ser casi mágica, como si nuestras técnicas de oración obligaran a Dios. Un libro sobre la oración que leí afirmaba que Dios no puede rehusarse si terminamos nuestra petición con un doble amen. Un cristiano una vez me dijo que, si dos o más creyentes hacían un pacto de oración pidiendo lo mismo por al menos tres semanas, él respondería nuestra oración.

Al Dios al que debemos clamar, y que nos ha dado su nombre, no es ningún ídolo. Oramos al gran Dios pidiendo, en las palabras de Habacuc 3: "Realízalas (tus obras) de nuevo en nuestros días". Es este Dios al que incluso algunos pastores no encuentran hasta después de su ordenación. P. T Forsyth fue uno de ellos. Creció con la teología liberal de su época. Forsyth creía que Jesús era una persona humanitaria y que el rol del pastor es motivar al rebaño para que sean humanitarios también. Pero hubo un día, como Forsyth lo describe de manera emotiva, en el que "a Dios le complació, por la revelación de su santidad y gracia que los grandes teólogos me ayudaron a encontrar en la Biblia, hacerme entender mi pecado que ahogó todas las dudas académicas... y pasé de ser un cristiano a ser un creyente, de uno que amaba el amor a ser el receptor de la gracia".

La gran pregunta ante nosotros es si somos meros cristianos o como creyentes. ¿Podría ser parte del problema del cristianismo en nuestro país que hay demasiados que somos cristianos y muy pocos que como creyentes? Se nota la diferencia. Los creyentes oran al Dios vivo. Tienen

esperanza. Oran al Dios cuyos oídos está atento al clamor de su pueblo, de los que conocen su nombre y oran a él. Por sobre todo, saben que este Dios viviente nos ha mostrado su amor en la cruz de su amado hijo.



UN DIOS VIVO QUE ESCUCHA

DP3.01